

EXORCISMO Y SALVACION DE LAS VIGENCIAS CULTURALES Y LA UTOPIA CRIOLLA

*Los ratones, bailan bailan
con vestido y con corbata
pues, de tres brinco y un peo
ayer se murió la gata*

IGNACIO CASTILLO S.

UTOPIA Y EXORCISMO DEL PRESENTE

Venezuela no puede ser perfecta. Ninguna sociedad puede serlo. Debemos mantener nuestras esperanzas y deseos sobre el país pero no imaginarnos que sean plenamente realizables. El utopista a ultranza, cuando tiene poder, se aferra a él y desgracia a los demás en nombre del propio idealismo. Hablar de una Venezuela imperfecta, la de hoy, puede dar la impresión de que habrá otra que será el non plus ultra, lo imposible. Aceptar nuestra imperfección es el punto de partida y de llegada. Aceptar la imperfección es comprender que la esperanza, los sueños y las imaginaciones son necesarios para mejorar.

Tiene en parte razón Weber cuando habla de la ironía de la historia porque muchas veces las buenas intenciones han producido el mal objetivo. Tenemos experiencias, inmediatas e incluso presentes, de que quien —en política, en economía, en cultura y religión— busca el bien, muchas veces produce el mal objetivo. Pero la inversión del aserto no se conoce sinceramente; quien busca el mal lo encuentra, y nada más. A no ser que llamemos bien al mal, a la voluntad de dominación, y entonces la utopía será el estado de seguridad nacional.

No es tan mecánico el mundo como para que el bien produzca el mal y el mal el bien. La culpa feliz no es la del que busca el mal, sino la del que busca el bien prohibido o inalcanzable. A esta culpa responde la salvación. La cristiandad debe ser la tentación perenne —resistida— del cristianismo; y suponer el paraíso socialista como dado, la tentación —casi irresistible— para los partidos socialistas triunfantes.

Se aferra al mal quien a plena conciencia quiere prescindir de la historia o se entrega al puro disfrute del presente, como si éste fuera el mejor de los mundos posibles. El hombre debe ser lo que es, pero el hombre es, ante todo un histórico: el único ser capaz de rechazar lo que es, en el proyecto de lo que quiere ser.

Un pesimismo así entendido es la primera gota de esperanza, de optimismo concreto.

El optimismo concreto es la contrapartida válida al pesimismo generalizado. Los últimos años del país muestran por

una parte la efervescencia del pesimismo general sobre la realidad del país-carraplanadospelote-desastre y sus vigencias culturales. Falta de identidad histórica, flojera, corrupción, irresponsabilidad, cinismo, pantalla, onda, esnobismo, arquetipos de identidad que corresponden a un mundo agrícola ya muerto, fuerte apertura a la influencia de estilos de vida importados made in USA. Tradicionalistas morigerados y pensadores radicales coinciden en diagnósticos de grandes sombras sobre la realidad cultural del país, Reportajes en los periódicos y la televisión, y sobre todo el cine nacional, han reforzado este tipo de diagnósticos. La otra cara del mismo presente está en la nunca suficiente insistencia que hacen los gobiernos de turno, y junto y detrás de ellos los grupos económicos, en torno a los prodigios que se han operado y se operan en el país. En este sentido son muy parecidas consignas como el Nuevo Ideal Nacional (P.J.) y la Gran Venezuela (C.A.P.). El poder siempre tiende a proclamarse como la única realización posible de los sueños y esperanzas de la mayoría, pero una crítica social que se encierra en la pura demonización del presente termina haciéndole el juego al poder. Si todo es malo, no se puede hacer nada, convirtamos este maldito país de la caña en pequeñas treguas de cu-caña y de cuca-ña, que se podrá seguir viviendo mientras el petróleo engrase el derecho al pataleo vociferante. No resultan del todo diferentes las reuniones de la República del Este, las de la Quinta Campo Claro o las de la Casona, aunque dicen, y parece ser, que son más divertidas las primeras (la celebración es el momento privilegiado de manifestación de la cultura).

Es que la realidad termina por prevalecer ante la pura proclamación de negatividades de tal modo que no encontrar lo positivo en lo negativo hace posible la seducción del maligno. Proclamar nuestros males es una suerte de catarsis que nos hace regresar limpios e impasibles a la realidad de la vida que nos urge.

ESPERANZA Y VIGENCIAS CULTURALES

Las personas tienen intereses, valores y modos de ser que están muy ligados a las relaciones de producción de la socie-

dad de la que forman parte; tienden a aglutinarse en torno a las clases sociales, asumen papeles definidos de antemano por las instituciones a las que pertenecen. El trabajo es el punto de partida de la cultura. Cuando las gentes imaginan, sus sueños, sus ideologías, sus aspiraciones, encubren y expresan el suelo más duro en el que se desenvuelve el trabajo y sus conflictos. Pero las imaginaciones, los sueños de la vigilia de las personas concretas, tienden a ser encarnados en el mundo más empírico de los mismos sujetos que sueñan. El hombre cuando trabaja sueña, y aunque el trabajo tiene su consistencia propia (técnica, organizativa, distributiva) también las esperanzas se aglomeran y hacen pesar sobre la realidad una lógica de dinamismo.

Entre la prosa fría y potente que anuncia con cuñas la maravilla de nuestra sociedad de hombres libres como realidad ya hecha y la posibilidad de una alternativa tienen que mediar ciertas vigencias culturales que posibiliten la construcción social de la Venezuela que queremos. No vigencias de la gente culta sino modos de ser del pueblo, valores interiorizados en la experiencia de trabajo y de vida que hagan de la esperanza colectiva no una pura fantasía sino el motor y la meta de una sociedad cada vez mejor.

Las esperanzas creíbles y sus vigencias culturales viabilizadoras necesitan una base objetiva de plausibilidad. La esperanza, como realidad sociológica, es la dimensión profética de la conciencia colectiva, pero para que tome cuerpo tiene que fincarse en el valle generalmente árido, poco efervescente y poco revolucionario del conjunto de pequeños cambios técnicos, políticos y mentales (afectivos, lógicos, morales, estéticos....) que harán posible lo que se espera. Alimentar y reforzar estas vigencias culturales populares, junto con sus capacidades técnicas y políticas (organizaciones) será la única garantía de poder herir de muerte y con éxito al poder burgués subdesarrollante que es poder político, económico y cultural. Si no partimos de las pequeñas heridas incurables al poder cultural manipulador, adiós luz que te apagaste.

La pregunta es entonces si en Venezuela hoy hay un espacio de esperanza a partir de los valores del pueblo.

APUNTES PARA LA RESEÑA

La fe en los poderes creadores del pueblo rechaza la creación de la nada. Se puede hacer una metafísica de lo popular suponiendo que la mayor carencia, la mayor alienación, es el fundamento más serio para las posibilidades del futuro. Se trata de un camino romántico que no lleva demasiado lejos.

Por otra parte las esperanzas de las colectividades pueden ser ilusoriamente satisfechas de diversos modos en cada momento. Un más allá fuera del tiempo puede dar sentido a las carencias y opresiones del presente, pero también ciertas circunstancias pueden producir la impresión de que ya todo está hecho. Elementos generalmente presentes en las utopías populares son el clima de eterna primavera, la abundancia mágica de bienes surgidos del trabajo ocioso, una fuerte solidaridad social que implica la armonía erótico-pasional de las gentes. En ese trasfondo de aspiraciones de la imaginación colectiva pudieron ser movilizados a fines del siglo XVIII y a comienzos del XIX los emblemas de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Nuestra historia de espejismos locales es larga. Desde los paraísos perdidos de las mitologías indígenas y del catolicismo medieval, pasando por experiencias parciales como el intento frustrado del Bartolomé de las Casas, Coetáneo de Moro, en Cumaná; el Dorado que ansiaban los blancos conquistadores; la formación de cumbes, reservas suigéneris de libertad de los cimarrones negros. En los dos últimos siglos las esperanzas populares se han centrado más en la búsqueda de la justicia

y la igualdad social. Esperanzas y utopías de "gente culta" se han puesto en marcha sólo en la medida en la que asumieron estas aspiraciones colectivas: 1816, 1840, 1858, 1936, 1958. Otra cosa fue la que pasó después de que cristalizaron como cambios de poder político todas estas movilizaciones. Por ese fracaso de esperanzas ha habido otra serie de utopistas que han mantenido la resistencia sobre los gobiernos de turno. La Sociedad de Amigos del País, Fermín Toro, Ramón Ramírez que se plantea ya en 1855 la confrontación entre socialismo y cristianismo, Cecilio Acosta, Alberto Adriani, son sólo algunos y sólo son algunos.

Ha habido utopías que siendo fraudulentas no dejan de tener sus chispazos para un futuro que tenemos que hacer. Wolfgang Larrazábal, por ejemplo, en la campaña electoral para las elecciones del 58 logró un caudal altamente significativo de votos a partir de la consigna, cuyo fundamento de credibilidad estaba en el plan de emergencia, de que cada venezolano tenía derecho a Bs. "x" diarios por concepto de ingresos petroleros sin tener que mover un dedo. Eran tiempos en los que el bolívar valía mucho. No sería poca utopía hoy el pensar que el Estado venezolano se limitara a distribuir parejo los jugosos dividendos petroleros, sin la influencia de amigotes, palancas o carnet. Otra corriente, aunque sin ninguna vigencia, nacería de la radicalización de algunas de las afirmaciones de Pérez Alfonzo en sus ruedas de prensa sabatinas. La utopía del cierre de las fronteras o del autobloqueo: señores, de aquí no sale nada, no se vende una gota de petróleo al exterior, por lo tanto no tenemos divisas con las cuales

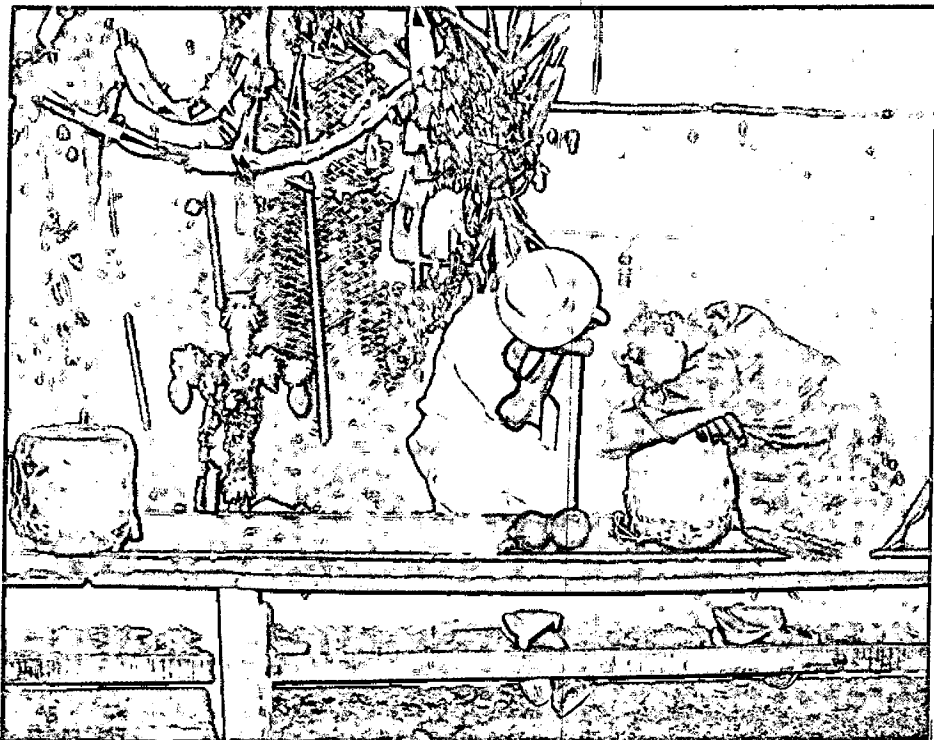
poder comprar afuera, no hay recursos para pagar la burocracia interna, ni nada. La necesidad nos obligará a hacer y a aprender haciendo. Ciertamente que la necesidad histórica es la madre de la cultura, pero sin fuertes vínculos defensivos con otros países frente al gran capital internacional tampoco hay salida. Aunque absurda, esta propuesta repropondría seriamente el problema de la producción y reproducción de la vida material como fuente de la dinámica cultural del país. Paradójicamente, esa impresión de que la riqueza se produce por un golpe de suerte, mágicamente, es el gran agujón clavado en la cultura nacional. Las soluciones mecánicas no son verdaderas soluciones.

La utopía de Guzmán Blanco, sigue siendo, con mucho, la de mayor vigencia: este país será bueno cuando se convierta en una cosmópolis de extranjeros. Disney World, la Florida, es el mundo feliz para las capas medias.

EL PAN Y LA PALABRA

La producción y el consumo son realidades muy duras para el pueblo. No sólo de pan vive el hombre pero tampoco vive sólo de palabras. Puesto que el hombre no vive sólo de palabras y de toma de palabras (las vigencias); los trabajos que proporcionan el pan, los instrumentos para el trabajo, los días y las noches, la inmensidad y la modestia de una vida cotidiana con los hijos que nacen y hay que criarlos y crecen, los viejos y los enfermos que mueren, las cópulas sistemáticas y ocasionales, las generaciones que se atropellan, despidos, huelgas, abandonos, enganches y cada noche y año que pasa y viene, cuerpos, tragos, espíritus, corazones flechados, cada uno y día a día los oasis de alegría y los esfuerzos por el agua, la salud, la papa, la ropa, la escuela, el puesto, el rancho, mañana... trabajos y días que pesan más que las palabras, las esperanzas, las vigencias. Si pudiéramos pesar y medir esa carga y multiplicarla por los cientos de miles de personas individuales que han caído en las guerras y peleas de nuestra historia por la promesa de un futuro mejor, entenderíamos la necesidad del optimismo concreto. Los que fueron sacrificados por el bien de la sociedad ya no tienen lugar en sus anales. Hoy no es la revuelta el tiempo de la victoria del pueblo: las armas de guerra del poder reducen la poblada a carne —que fue— de cañón. La violencia será necesaria muchas veces, pero quién dijo que aquí todo el mundo está alzado: Aquí no ha pasado nada.

Hacer vigente un modo de ser que vincule el trabajo —la creación de riqueza— al poder organizativo de los productores sociales y a la capacidad de celebración de los logros concretos. Las indispensables



presiones y luchas por reivindicaciones y derechos serán permanentes si se encuadran en un conjunto simbólico-festivo que alimente la lucha conformando un estilo de vida distinto de las pretensiones del establecimiento y de la barricada momentánea. Vincular el pan y la palabra para que mutuamente crezcan.

Qué más quisieran el gobierno y los empresarios que poder modelar socialmente a la colectividad sin necesidad de represión física dentro de los cauces altamente productivos de la reacionalidad economicista, la responsabilidad, la seriedad, la circunspección, el ahorro, el deseo compulsivo de trabajar, el individualismo, la capacitación técnica, la valoración del orden como sumo bien. Logran lo que para ellos es más importante: la expansión de las expectativas de consumo irracional.

La contrapartida de estas pretensiones está en la viveza en orden a la supervivencia; el disfrute real; el talante lúdico y festivo; la entrega plena al instante; la visión de la ley y las instituciones como impedimentos que deberán tramplearse; la solidaridad urgida por la necesidad misma; la conciencia de dignidad libre —falsa o cierta— nacida de un largo proceso histórico que se caracteriza por la debilidad de las instituciones productivas, políticas y religiosas; la rochela, el manguareo, el toero, el pájaro bravo, el parejero, la mamera de gallo, la fantasía, los compadres, la comadre y el papá de mi hermanito.

Afortunadamente, de múltiples modos percibe el pueblo que el ejercicio de virtudes que trata de imponer la gente decente, tal como están las cosas, beneficiaría al mismo grupo social que saca el gran provecho de la anarquía orgánica de la Venezuela presente. La realidad de un pueblo perdido en la anarquía actual —anarquía en la que hasta el clima es alcahuete— posibilita el creciente beneficio de los poderosos. La plena anarquía es la meta utópica del buen político, pero paradójicamente sólo nos acercaremos al buen anarquismo en la medida en la que el pueblo se organice.

La exasperación de la esperanza de igualdad por la vía de la nivelación en el consumo nos llevará a perder todo un conjunto de elementos culturales populares que son la antítesis del capitalismo maduro y la búsqueda sin posibilidad de salida del hombre unidimensional de la sociedad opulenta occidental.

La discriminación de lo que debe morir y lo que debe ser conservado en el ámbito de los diversos sectores populares de Venezuela es, ante todo, tarea de los mismos grupos en cuestión. Pero debe ser una tarea asumida consciente y consistentemente ya que la capacidad de difundir e imponer patrones de vida y aspiraciones con vigencia está en manos del capitalis-

mo. El peligro creciente de lo popular en la Venezuela de la modernidad petrolera ha estado en el hecho de que al desvincular a las mayorías del proceso de producción del pan, el poder ha querido reducir a las masas urbanas y rurales al simple consumo de emblemas de identificación popular. En gran parte la oleada de folklorismo y balurdería pululante en los medios de comunicación social obedece a la necesidad de darle como propia una identidad inocua y pasiva a las mayorías. En la medida en que la creación de cultura, en el canto, el baile, la diversión y el deporte, el teatro, la fiesta, la poesía, la vivienda, el estilo... surjan de los diversos grupos del pueblo que se van organizando estaremos entrando en una dinámica de verdadera recreación cultural en el país.

Muchas veces se piensa en la Venezuela necesaria poniendo como meta al gobierno como la perfecta vaca lechera que le dará todo, por justicia, al individuo. El gobierno deberá, según estas pretensiones, colmar todas las exigencias de los sujetos y los grupos particulares. No solamente las exigencias que responden a las necesidades materiales; también debería entregar las confecciones culturales ya rematadas para el puro consumo. El CONAC sería los cuatro estómagos y la ubre del rumiante cultural. Esto afortunadamente no es posible, pero sí se impone la necesidad de un control más enérgico por parte del Estado, de algunas áreas que son nucleares. Por citar sólo algunos ejemplos, la sobrevaloración de todo lo extranjero frente a lo nacional —que responde a los intereses del gran capital— es responsabilidad, como fenómeno de difusión global, del Estado; sin una reglamentación laboral que imponga paridad —al menos— de retribución económica al trabajo técnico-manual y al ejercicio de las profesiones de cuello blanco son vanos los intentos por incentivar la educación —a no ser que no haya más remedio— a profesiones realmente productivas. Si sólo se valora al aprovechado y sólo son castigados los débiles, se puede ser buena gente, pero es difícil. Mas líbrenos Dios de la meritocracia, porque como dice la copla de Mano Tacho: que Dios me libre en el mundo de quien ama por bien hecho, pues, cuando bien no le haga, me ha de reventar el pecho.

EL TIEMPO Y EL ESPACIO

En la Venezuela tradicional, que terminará por ser barrida, el derecho a la tierra era el objetivo pretendido para hacer concretas las sencillas esperanzas de entonces. Ah malhaya! un trago de agua, y un chinchorro y un lucero, y una brisa que no pase, y una mujer, por lo menos, y una música que cante un turpial morichalero, y así pasando la vida no hay chinch

que me trasnoche ni cal que me tumbe el pelo, dice la copla de El Carnaval, joropo conquistador de mundos. El ámbito específico manifestativo de los sufrimientos y las esperanzas colectivas eran las celebraciones religiosas de cada pueblo: la semana santa, las navidades, las fiestas patronales.

El proceso acelerado de aglomeración en las ciudades ha implicado el fenómeno de la privatización de las expresiones de las esperanzas colectivas. Los altares domésticos en nuestros barrios, los remedos a puerta cerrada de fiestas particulares en medios populares. Los antiguos carnavales, simbólicos trastocadores de la realidad social, se han trasladado a las campañas electorales en las que los políticos se disfrazan de buenos, de honestos, de enérgicos, de filósofos llaneros, de siervos de Dios, de correctos y la gente vuelve a gritar "aquí es", esperando los saludos desde la carroza, los caramelos, el confite y el confeti. El mitin se prepara ahora como una fiesta y el MAS tendrá como consigna: el socialismo es alegre.

¿Dónde se ubican hoy los espacios para las creaciones culturales del pueblo? En toda sana teoría la primacía se le da al mundo industrial—obrero. El papel protagónico del proletariado en las sociedades urbano-industriales para la construcción de una sociedad alternativa, etc. La fábrica no es sólo el lugar de la confrontación de las clases a nivel económico, sino el lugar principal de un conflicto global y radical en orden al modo de vida (la revolución cultural). La hegemonía política no se puede disociar de la hegemonía cultural. Ahora, si los líderes sindicales, con la crítica de los bolivarazos como arreglo por debajo de cuerda, asumen la articulación del proletariado al mundo del poder...

Parece indudable el puesto central de la clase obrera en la lucha social de nuestros tiempos, y por tanto en la lucha cultural. Pero la construcción de una alternativa cultural debe tener un carácter global en el cual los diversos grupos populares crean y proponen vigencias culturales acordes a los propios intereses objetivos, articulados con los intereses de los obreros. El nuevo bloque histórico aparecerá como una estructura global de análisis y fuerza de cuyo conjunto surge el poder, la capacidad de reorganización total de la sociedad y de control sobre los propios líderes.

El objetivo no es sólo la democratización de la técnica, las decisiones, el bienestar, la literatura, el arte... sino transferir los contenidos de la "cultura" a una perspectiva global (política) nueva: visiones del mundo, sistemas de valores, proyectos encuadrados en movimientos históricos. La cultura, como la ciencia, no

es neutral. En las sociedades modernas la técnica, la ciencia, es el arma principal de poder y de legitimación de privilegios. Técnica surgida de un proceso de dominación pero que supone un verdadero avance en la confrontación de la sociedad con la naturaleza. Las utopías del futuro no pueden ser naturistas, como los robinsones del XVIII: la técnica tiene que estar en el corazón del diseño y la construcción del futuro. Todos y cada uno podremos ser recolectores, agricultores, artesanos, porque la técnica nos proporcionará una forma nueva de encuentro con la naturaleza. Las soluciones a los problemas técnicos en el campo de la producción, surgidas de la inteligencia de los productores y conglomeradas en ciencia para el beneficio social —no el sueldazo del perito— es una de las condiciones de posibilidad del futuro en manos del pueblo como sujeto.

La capacidad de organización en el mundo sindical posibilita la experiencia interna de la contraposición entre los autoritarismos vigentes —inevitables en el capitalismo— y la democracia de base en lo referente a las decisiones del mismo grupo obrero y a la articulación con otros grupos y la representatividad personal. La revisión de la práctica de la autoridad invadirá el ámbito de la familia, la escuela, la junta de vecinos, la comunidad de creyentes, las seccionales y el partido, los municipios. . .

Un esfuerzo sistemático de reflexión —distinto de la internalización de consignas— sobre el funcionamiento de nuestra sociedad y de imaginación de vías nuevas debe contraponerse a la estrategia global de los poderosos que sugieren las modificaciones "oportunas" a los planificadores del estado.

Asumir estas tareas supone un costo social bastante grande para el obrero sumergido en la dura cotidianidad del trabajo monótono, las tensiones familiares, el tráfico pa' Caricuao, la inflación, la escasez de alimenos, la basura, . . . pero es el precio —todavía estamos en la sociedad capitalista— del papel protagónico. Estas son cosas muy feas para que las repita el presunto teórico, pero no hay de otra. Además, no se ha dicho que todo se deba hacer a palo seco a no ser que nos volvamos calvinistas.

La organización, que no se dará sólo en el campo sindical, sino que encontrará espacio en las juntas de barrio, las

empresas agrícolas, las cooperativas de ahorro, consumo y producción, las comunidades de base, los grupos de acción cultural, las nuevas experiencias educativas, exige una sobrecarga de autoexplotación al costoso esfuerzo por ganarse la arepa. Estas formas organizativas brindan un espacio para la realización de las personas como seres sociales, más allá de la vecindad casual o el anonimato del bloque. El planear, ejecutar, revisar; la incidencia sobre la realidad del trabajo, el habitat, la vida cotidiana, constituye por-si mismo un logro que refuerza el costo social de la organización. Un talante que integre la dureza de los conflictos sucesivos y de la mayoría de sus desenlaces con la celebración espontánea de los pequeños resultados positivos para que las esperanzas crezcan posibilitará la resistencia activa permanente.

El aporte de las minorías étnicas autóctonas será significativo sobre todo como propuestas de solución a la tensión entre el individuo y organización societaria. Las densas reservas de humanidad de nuestros grupos indígenas darán su palabra y testimonio de crítica e inspiración a las consagradas vigencias de occidente.

El zócalo de la memoria, decantación de tradiciones nacionales culturales y folklóricas, recuperará su frescura prístina cuando se celebre el fruto compartido del trabajo colectivo.

ANTIRESUMEN

Manos a la obra para que el ocio, antigua madre de vicios, sea la causa de las mejores virtudes. Los metales preciosos substituirán el peltre de las bacinillas, los placeres sin medida no dañarán ni a terceras personas, habrá estado sin gobierno, mil años serán un día y un día mil noches, habrán muerto los grupos económicos, los comerciantes de Margarita montarán sus tenderetes en la luna, valles, llanos, montes y selvas se repoblarán de raras, bellas y útiles especies y desde los cauces de nuestros cristalinos ríos iremos esparciendo frondas y amenos bosquecillos, no habrá andino que quiera ser militar ni los curas se meterán en política, estarán de más los hospitales, desaparecerá la fauna de los especuladores, desconoceremos el sentido de palabras como rosca, acaparador, corrupción, peaje, comisión o negocio, las industrias estarán en el campo y tenderán a desaparecer las ciudades, el metro de Caracas, que ya entonces estará terminado, no será necesario, los socialistas unidos, no habrá huelgas tenidas por ilegales, será con arpa, violín y en urna roja el velorio de san nicolás ahorcado en un pino del Norte, habrá tanta riqueza y tan poca represión en otros países que se acabarán, como todas las demás, las colas en identificación y extranjería, volveremos a tomar café, nunca terminará la guachafita; nosotros seremos nosotros, gentes de corazón caliente y sangre fría, perdidos en el amor universal y encontrados en la intimidad concreta, y no hará falta el centinela que antes de quedarse dormido lanza el pliego de aviso enrollado dentro de la clásica botella al mar, mientras el buque blanco y verde todavía navega plácido, a pleno sol, en el azul Caribe.

"Ningún camino ha llevado nunca a ninguna caravana a alcanzar el espejismo; pero únicamente los espejismos han puesto caravanas en marcha. . ." dijo Pascal.

¡Feliz año!

